

ARQUEOLOGÍA SURAMERICANA

ARQUEOLOGIA SUL-AMERICANA

Volumen/Volume 2, Número 1, enero/janeiro 2006

Editores: Cristóbal Gnecco y Alejandro Haber

Departamento de Antropología, Universidad del Cauca
Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca
World Archaeological Congress

ARQUEOLOGÍA, ESPACIO Y TIEMPO: UNA MIRADA DESDE LATINOAMÉRICA¹

Carlo Emilio Piazzini Suárez

Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia

Este artículo explora los presupuestos e implicaciones de lo que sería el desarrollo de una ontología del espacio y las materialidades en arqueología empleando diversos planteamientos del pensamiento social contemporáneo sobre espacio-tiempo así como el examen de formulaciones teóricas efectuadas desde la arqueología sobre espacialidades y cultura material. Como una manera de situar la reflexión desde Latinoamérica se vislumbra un análisis de la geopolítica del conocimiento coherente con el enunciado de que la arqueología es una práctica social espacialmente mediada.

Este artigo explora os pressupostos e implicações do que seria o desenvolvimento de uma ontologia do espaço e das materialidades em arqueologia, empregando diversas proposições do pensamento social contemporâneo sobre espaço-tempo, bem como examinando formulações teóricas efetuadas a partir da arqueologia sobre espacialidade e cultura material. Como uma maneira de situar a reflexão a partir da América Latina, busca-se uma análise da geopolítica do conhecimento coerente com o enunciado de que a arqueologia é uma prática social mediada espacialmente.

This paper explores the conceptual bases and the implications towards the development of an ontology of space and materiality in archaeology using diverse insights from contemporary social thought about space and time; the paper also examines the theoretical formulations of archaeology on space and material culture. An analysis of a geopolitics of knowledge, coherent with the proposal that archaeology is a spatially-mediated social practice, is a way to situate the reflection from the Latin American context.

En 2003 fue publicado en *American Antiquity* y *Latin American Antiquity* un texto del arqueólogo argentino Gustavo Politis, *The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America* (este título puede ser traducido como El paisaje teórico y el desarrollo metodológico de la arqueología en América Latina). Me interesa esta idea de un paisaje teórico que puede referirse a una metáfora espacial que sirve al propósito de presentar un cuadro, una suerte de imagen síntesis de la diversidad de enfoques que carac-

terizan la arqueología latinoamericana, o a la existencia, en sentido literal, de una espacialidad de los saberes arqueológicos en Latinoamérica. En el texto se plantean algu-

¹ Este artículo se basa en una conferencia presentada en el III Congreso Colombiano de Arqueología realizado en la Universidad del Cauca, Popayán, en diciembre de 2004, y avanza sobre la propuesta de creación de la Maestría en Estudios Socioespaciales del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, INER (Piazzini 2004).

nas cuestiones que abren camino a esta última interpretación. Politis reconoce diferencias importantes entre las trayectorias de la práctica arqueológica en los países que conforman la geografía latinoamericana y asume una posición crítica sobre la situación de estas trayectorias respecto de la importación de enfoques teórico-metodológicos y la exportación de datos desde y hacia otras regiones del planeta. Aun cuando Politis no lo planteó de manera explícita podría pensarse que tales enunciados no pueden descansar más que en una consideración sobre la afectación de las espacialidades en el pensamiento arqueológico.

Las relaciones entre arqueología y espacio han sido abordadas, fundamentalmente, desde una perspectiva que enfatiza el tratamiento metodológico de este último. La elaboración de datos sobre localización, distribución y relación espacial de las evidencias arqueológicas es condición de posibilidad para el ejercicio de la investigación; los análisis espaciales, incorporados y ajustados a partir de modelos desarrollados por la geografía y la ecología, son un acervo metodológico de la disciplina. No obstante, el planteamiento de estas relaciones en el plano epistemológico y ontológico no ha sido frecuente; esto parece relacionarse con una concepción implícita del espacio en su versión cartesiana, como extensión y soporte geofísico en el cual se desarrollan las prácticas y procesos sociales, y de la geografía y la ecología como saberes positivos sobre ese espacio y sus contenidos. Salvo algunos planteamientos recientes los arqueólogos no suelen interesarse por establecer conexiones entre el ejercicio de la disciplina y las espacialidades en las cuales se encuentran involucrados como actores sociales; tampoco en la reconstrucción de las experiencias espaciales de las sociedades que estudian.

El tratamiento instrumental que la arqueología ha hecho del espacio deriva, como en las demás ciencias sociales, de la configura-

ción de las experiencias del espacio-tiempo en la modernidad. En este artículo quiero abordar las consecuencias que ha tenido para la arqueología el pensamiento del espacio como exterioridad subordinada al tiempo y las claves de lo que sería una recomposición de la jerarquía ontológica del espacio y las materialidades en el pensamiento social. De otra parte, quiero situar el enunciado de afectación espacial del pensamiento en el campo de la geopolítica del conocimiento para referirme a la arqueología latinoamericana.

Antes de proseguir debo señalar dos vacíos con los cuales tendré que contar en esta reflexión. El primero tiene que ver con el establecimiento de las experiencias de espacio-tiempo que se han configurado en Latinoamérica pues si bien es cierto que la modernidad es inconcebible sin incorporar lo que ha significado esta región del planeta para el desarrollo del colonialismo (cf. Mignolo 2002), también es cierto que las elaboraciones teóricas sobre lo que podría denominarse una geografía de las experiencias y concepciones del espacio-tiempo de la modernidad (i.e. Soja 1989; Jameson 1991; Giddens 1994; Harvey 1998) no son explícitas en lo que tiene que ver con trayectorias que no se reducen a la geo-historia europea. Ello señala una dificultad que está en la base de esta reflexión pero, además, permite vislumbrar una línea de indagación que la arqueología regional, conjuntamente con otros campos disciplinares, debería ser capaz de abordar hacia futuro: cómo se han constituido las experiencias y concepciones de espacio-tiempo de las sociedades latinoamericanas.

El segundo vacío plantea, en primera instancia, más una limitación personal que una deficiencia estructural. Los argumentos que voy a exponer no descansan sobre un análisis amplio de la literatura arqueológica latinoamericana en parte debido a la dificultad de acceder a la producción regional. Este artículo no puede ser leído como una tentativa por sistematizar la manera como el espa-

cio ha sido abordado por los arqueólogos latinoamericanos; más bien debe ser abordado, apenas, como una invitación para avanzar por sendas de indagación a propósito de elaboraciones teóricas sobre el espacio, el tiempo y las materialidades. En segunda instancia este vacío corresponde a la localización de un sujeto que habla desde un lugar de enunciación precariamente situado en la red interdiscursiva de la arqueología mundial; desde esta situación es más expedito acceder a la producción anglosajona que a la producción latinoamericana. Con ello quiero dejar servido un asunto sintomático de la geopolítica del conocimiento arqueológico: la cartografía de las redes interdiscursivas de la disciplina no corresponde a la contigüidad espacial que supone hacer arqueología en países vecinos, con problemáticas y contextos de investigación muchas veces afines. De hecho, conocer la reflexión de Politis que he utilizado como introducción para este texto ha sido posible por la intermediación de un nodo de información situado en Norteamérica, en lengua inglesa, y no a la existencia de redes que conecten directamente los pensamientos latinoamericanos.

La arqueología en el espacio-tiempo de la modernidad

La restricción al plano instrumental que, frecuentemente, han hecho los arqueólogos de la cuestión espacial corresponde a las experiencias y concepciones del espacio-tiempo en la modernidad, particularmente en tres sentidos: en primer lugar, una concepción del espacio como «telón de fondo» de lo social; en segundo lugar, una hegemonía del pensamiento del tiempo sobre el pensamiento del espacio como parte de una geopolítica de control de la alteridad; y, en tercer lugar, una idea de las materialidades, conjuntamente con el espacio, como exterioridades.

En el pensamiento social moderno espacio y tiempo han sido tratados como catego-

rías independientes y, hasta cierto punto, opuestas. No obstante, debe reconocerse una íntima relación entre ambas que, dependiendo de las circunstancias, ofrece diferentes modos de articulación o experiencias de «espacio-tiempo»; esta noción, lejos de resultar en una simple fusión de términos, define el contexto de configuración de los procesos y prácticas sociales (Wallerstein 1998; Giddens 2003:384). La modernidad es una experiencia particular del espacio y del tiempo que combina el sentido de existencia en lugares y momentos particulares con un sentido individual y colectivo de contemporaneidad que trasciende las especificidades espacio-temporales (Soja 1989:25; Berman 1995:1); este modo de ser implica una discontinuidad con experiencias previas -o paralelas- de espacio-tiempo.

Durante el Medioevo europeo la relación entre espacio y tiempo era inseparable —«el cuando estaba casi universalmente conectado al donde» (Giddens 1994:29)—, de tal manera que el ejercicio de la memoria involucraba, activamente, las espacialidades y, concretamente, los lugares en donde las interacciones sociales se desarrollaban cara a cara, de manera presencial. A la declaración «yo estuve allí» se unía la afirmación «eso ocurrió antes, durante, después, desde, durante tanto tiempo» (Ricoeur 2003:202). Con la modernidad se operaron dos transformaciones: primero, el sentido de lugar se separó del sentido del espacio al incrementarse las relaciones entre ausentes: «Los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos» (Giddens 1994:30). Segundo, espacio y tiempo se separaron en la medida en que tomó fuerza la regulación de las actividades sociales conforme a un tiempo homogéneo que no dependió de su localización: «El tiempo estuvo conectado al espacio (y al lugar) hasta que la uniformidad de la medida del tiempo con el reloj llegó a emparejarse con

la uniformidad en la organización social del tiempo» (Giddens 1994:29).

Este «vaciamiento» de los contenidos específicos y plurales del espacio y el tiempo preparó el camino para una transformación estructural, una «compresión espacio-temporal»². Mientras los mundos medievales desplegaron lógicas espacio-temporales afines a la rutina de las prácticas cotidianas de cada territorio, interconectadas sólo por la potencia de los calendarios cristianos, las empresas puntuales de colonización y los imaginarios sobre los espacios que constituían los confines del mundo conocido, a partir del Renacimiento y durante la Ilustración cada lugar se volvió vulnerable a las dinámicas económicas, políticas y culturales de un mundo más vasto, constituyéndose gradualmente la imagen de un tiempo y un espacio homogéneos que tendían a la sincronización de los ritmos entre sociedades hasta entonces distantes. Además, con el capitalismo se introdujo en cada una de estas sociedades una fuerte demarcación espacial y una mayor regulación temporal de las actividades del ocio y la producción en lugares y momentos específicos (Harvey 1998:267).

De forma paralela, y por contraste con las cualidades sensibles de las representaciones espaciales del Medioevo, la invención de la perspectiva como una nueva mirada del mundo permitió el desarrollo de cartografías abstractas del planeta y sus regiones como una extensión potencialmente cognoscible: mapamundis, cartas y paisajes pictóricos fueron posibles gracias a la perspectiva de un sujeto situado fuera de ellos (encima o al

² Según Harvey (1998:267) la modernidad se caracteriza, por lo menos desde el siglo XIX, por una «compresión espacio-temporal» aún en marcha en el sentido en que «el espacio parece reducirse a una aldea global» y «los horizontes temporales se acortan hasta el punto de convertir el presente en lo único que hay».

frente), distanciado de lo observado como condición para alcanzar una imagen de totalidad e imparcialidad (Thomas 2001); estas cartografías fueron herramientas centrales para la economía y la política de la primera globalización (Harvey 1998:277).

A la par de estas transformaciones se instauró una hegemonía o primado del pensamiento del tiempo sobre el pensamiento del espacio (cf. Soja 1989:13; Pardo 1992:249; Harvey 1998:229; Koselleck 2001:96) que corresponde, en términos generales, a lo que Foucault denominó edad de la historia, provista de una filosofía «consagrada al Tiempo, a su flujo, a sus retornos... presa en el modo de ser de la Historia» (Foucault 1985:216). Desde finales del siglo XVIII las espacialidades fueron ordenadas de conformidad con una teleología temporal afín a las ideas de progreso y civilización y, más tarde, de evolución y desarrollo.

La *Filosofía de la historia* de Hegel (1985) es reveladora de la génesis de este primado del tiempo. Para Hegel Europa es pura *historia* mientras Asia, África y América son pura *geografía*; se trata de un ordenamiento del espacio por medio del tiempo fundamentado en una teleología que otorga al devenir humano un sentido de perfectibilidad que va desde la naturaleza hacia la historia. Esta teleología permite explicar las tensiones modernas entre tiempo y espacio en su articulación con viejas oposiciones entre espíritu y materia y memoria y olvido mediante el recurso a la distancia temporal. Desde las puras espacialidades sujetas al ritmo cuasi-inmóvil de la naturaleza se habría transitado por caminos únicos o paralelos hacia temporalidades recargadas de historia, sujetas al cambio dirigido por el espíritu de los pueblos, producto de la consciencia que han adquirido de sí mismos a partir de una memoria que otorga sentido a su devenir. Esta cronopolítica actuó como fundamento ideológico para el despliegue de una geopolítica, de la temporalización del espacio y de la

historización de la diferencia que definieron las representaciones de la alteridad (Fabian 1983:144; Duncan 1994:46).

Esta debilidad ontológica del espacio respecto del tiempo implicó una fractura en la conceptualización del primero: por una parte está el espacio matemático-físico, objetivo y verdadero, dado como una exterioridad del ser, y por otro el espacio sensible, aparente y subjetivo, interior al ser y supeditado a la conciencia del tiempo. En esta fractura las metodologías de las ciencias físicas y naturales devinieron como las formas de conocimiento autorizadas para tratar el espacio como una exterioridad medible y cuantificable mientras el espacio sensible, en tanto subjetivo, aparente, accesorio y ontológicamente reductible a la cuestión temporal, no podía constituirse en objeto central de estudio de las ciencias sociales (Soja 1989:122; Pardo 1992).

Las materialidades comparten con el espacio esta debilidad ontológica: los seres humanos aparecen como auto-evidentemente dotados de una inteligencia, una mente y un alma que existen por fuera del espacio y la materialidad (Thomas 2001:167); el pensamiento se pretende a-espacial e in-material. En el esquema hegeliano la materia comparte un lugar afín al espacio pues, al fin y al cabo, constituye sus contenidos. La materia y el espacio son tratados como exterioridades por oposición al espíritu y el tiempo como interioridades. En el espíritu que es pensante, auto contenido, libre, unificado y centrado reside la memoria. La materia que es inconsciente, fuera de sí, grávida, plural y descentrada es proclive al olvido. En consonancia con la cronopolítica de la modernidad esta oposición fue ordenada temporalmente en una secuencia gradual que va de las técnicas más rudimentarias que se confunden con la naturaleza (toscos artefactos, ideogramas y artesanías) a las manifestaciones materiales más excelsas y cercanas al espíritu (escritura, arquitectura y bellas ar-

tes) (Hegel 1985). La vieja oposición judeocristiana entre materia y espíritu sufrió un re-acomodamiento para alinearse en torno de una relación entre espacio y tiempo; este último se erigió como categoría hegemónica que permitió ordenar y codificar las prácticas espaciales, políticas, económicas, sociales y discursivas.

Si en las ciencias sociales el espacio ha sido tratado como un telón de fondo las materialidades han sido consideradas como meros soportes o espejos de la vida social. Su abordaje se ha efectuado desde una mirada mecánica, interesada por las sustancias, las mercancías y las funciones, o desde una mirada espiritual interesada por la manera como lo social se refleja en los cuerpos, los objetos, las cosas y sus relaciones, entendidos como «expresiones» de la sociedad y la cultura (cf. Debray 1997:39). Entre filósofos y científicos sociales la materia pertenece al mundo de los medios y de lo abyecto (Debray 1997:159; Dagognet 2000:14) y la escisión entre lo animado y lo inanimado, entre lo humano y lo no humano, ha obstruido el pensamiento sobre el lugar que ocupan las materialidades en la vida social (Latour 1992). Los estudios de la cultura material y de la técnica han sido escasamente integrados a los estudios del espacio y la geografía (Santos 2000:27) pese a que las materialidades pueden ser consideradas como parte constituyente del espacio, aún desde una concepción mecánica de este último. Estas experiencias y representaciones del espacio-tiempo fueron definitivas para que la arqueología se configurara en la modernidad en medio de una doble tensión: una ciencia de la cultura material que, en ausencia de una ontología de las materialidades, fundamenta su pertinencia para producir conocimiento en una ontología del tiempo que es, a su vez, hegemónica frente al pensamiento del espacio.

Pese a que la arqueología es, prácticamente, la única ciencia social dirigida a dar

cuenta de las materialidades sociales, una de las pocas que ha incorporado de manera rutinaria herramientas geográficas en su procedimientos y a que se define, a menudo, como una ciencia de campo que requiere ponerse en contacto con su objeto de estudio in situ, ha encontrado su condición de posibilidad en el esquema moderno de primado del tiempo sobre el espacio y las materialidades. En la modernidad la arqueología emergió, sobre todo, como ciencia de la pre-historia, como ejercicio ordenador de la cultura material en torno de las temporalidades evolutivas y los espacios cartesianos. La arqueología aspiró a formalizar su conocimiento a la manera de las ciencias positivas, especialmente de la geología y la biología, y fue pre-histórica no únicamente por plegarse a una temporalidad anterior a la aparición de la escritura (un legado de la época clásica) sino porque ordenó sus análisis conforme a temporalidades que no se consideran contingentes y que, en esa medida, son exteriores al ser humano.

Fabian (1983) identificó el recurso antropológico de conversión de las distancias espaciales en distancias temporales como una estrategia para naturalizar la alteridad, negando el principio de contemporaneidad entre el «nosotros» europeo y el «ellos» del resto del planeta. Este tratamiento de la alteridad signó el surgimiento y desenvolvimiento del conocimiento antropológico como el conocimiento de un Otro situado siempre en el pasado:

«Cuando la opinión popular identifica a todos los antropólogos como manipuladores de huesos y piedras no se puede hablar de un error. Ello evidencia el rol de la antropología como proveedora de distancia temporal» (Fabian 1983:29).

Esta singular forma de recobrar la identidad entre antropólogos y arqueólogos indica que estos últimos también operan bajo la lógica de manejo del espacio como supeditado al tiempo (cf. Shanks y Tilley 1994:9). En el

caso de la arqueología los criterios temporales fijaron de manera más eficaz y duradera el ámbito de estudio de la disciplina porque ni siquiera se permitió estudiar la cultura material del presente, e incluso, abordó de manera leve, o supeditada a los registros historiográficos, las evidencias de sociedades que se situaban en la cercanía del espacio-tiempo de la historia occidental.

La idea de prehistoria es particularmente reveladora al respecto. En el marco de las teleologías del progreso, de la evolución y del desarrollo, sólo una mirada dirigida al gran distanciamiento temporal que supone una alteridad llevada a los extremos del origen, de lo remoto y de lo exótico, podía permitirse el tratamiento de las materialidades para dar cuenta de lo social porque las sociedades prehistóricas, es decir, aquellas que no tienen historia porque no desarrollaron aparatos escriturarios (sensu De Certeau 2000), aquellas con ritmos lentos o cuasi-estáticos de cambio, similares a los de una naturaleza que las domina, eran virtualmente las únicas susceptibles de ser estudiadas mediante las «expresiones» materiales de su existencia. La prehistoria se situó en el umbral entre el tiempo de la naturaleza y el de la historia, entre la inconsciencia de la materia (el olvido) y la consciencia del espíritu (la memoria)³. Por ello lo que se conoce como arqueología histórica (Orser 2000) e, incluso, lo que pudiera ser una arqueología del presente sólo pueden representar una fractura con la cronopolítica de la modernidad en la medida en que logren espacializar la tensión entre la escritura y otras materialidades de la vida social. De lo contrario lo que puede ocurrir es que se supediten

³ La ubicación de la arqueología entre los tiempos de la naturaleza y de la historia ha sufrido oscilaciones. Así, por ejemplo, el acercamiento a las teorías de la historia que caracteriza los enfoques posprocesuales se erige sobre un alejamiento previamente cultivado por las arqueologías procesuales (Patterson 1989).

sus «hallazgos» a las narrativas históricas que han relegado la cultura material y las espacialidades al segundo plano de los soportes y los escenarios.

Arqueología, cartografía y geopolítica del conocimiento

La fisura entre espacio objetivo y subjetivo y el primado del tiempo sobre el espacio contribuyeron a estructurar dentro de la cartografía moderna del pensamiento social una distribución de los objetos de estudio en relación con el grado de cercanía que tuvieran respecto del eje central de la historia y de sus expresiones espaciales por excelencia: Occidente, lo estatal y lo urbano. Mientras unas disciplinas se aplicaron, esencialmente, al conocimiento de realidades situadas en la cercanía del espacio-tiempo occidental (economía, ciencia política, historia y sociología) otras se retiraron a estudiar sus periferias (antropología y arqueología)⁴. Mientras que la geografía quedó alineada del lado de las ciencias físicas y naturales y se dedicó a la descripción de las características y diferencias regionales de la superficie terrestre como simple soporte físico de los fenómenos sociales. Sus esfuerzos por posicionar lo espacial como aspecto relevante para comprender los procesos históricos y sociales (antropogeografía de finales del XIX e inicios del XX) desembocaron en determinismos ambientales o discursos geopolíticos que soportaron regímenes totalitarios, lo que a la

⁴ Esta distribución epistemológica de las ciencias sociales en el espacio-tiempo de la modernidad sigue, parcialmente, los planteamientos de Wallerstein (1998) sobre un sistema de oposiciones o «fisuras» entre diferentes ideas del espacio-tiempo (episódico y eterno). Wallerstein no incluyó la arqueología en su análisis pero es claro que comparte una situación similar a la que propuso para la antropología y el orientalismo.

larga acabó minando su prestigio y su capacidad de interlocución con otros pensamientos sociales (Ortega 2000:150). A esta cartografía disciplinaria habría que sumar los efectos de la oposición entre espíritu y materia en la modernidad, visible en la manera como los artefactos, los objetos, las técnicas e, incluso, los cuerpos recibieron una atención secundaria, cuando no inexistente, de parte de las ciencias sociales. La arqueología fue, virtualmente, la única en abocarse directamente a su estudio, por las razones que señalé.

La estructuración del espacio-tiempo de la modernidad implicó que en el proceso de reordenamiento de los saberes y las positividades acaecido en el siglo XIX la arqueología quedara alineada en el polo de las exterioridades dentro de un sistema jerárquico de oposiciones. En primer lugar, sin dejar de ser fiel a la hegemonía del tiempo se situó más cerca de la naturaleza que de la historia, de los tiempos geológicos, biológicos, cíclicos e inmutables (estructurales, diría Braudel, y eternos Wallerstein); se encontró en la esfera del pasado «inconsciente», de las «sociedades sin historia» y, en esa medida, del olvido. En segundo lugar, quedó alineada del lado de las espacialidades, cerca de la praxis geográfica y de los protocolos de investigación de campo que, por lo demás, se refieren, mayoritariamente, a un distanciamiento en el espacio que corresponde a un viaje en el tiempo (Fabian 1983). En tercer lugar, pertenece al ámbito de la materia y, por lo tanto, se dirige, fundamentalmente, al mundo de los objetos, los cuerpos y la técnica. Lo que pudiera ser el carácter puramente figurativo de esta cartografía de la arqueología en relación con las disciplinas de pensamiento se desvanece al tener en cuenta que la articulación entre tiempo y espacio en la modernidad también ha definido una geopolítica del conocimiento.

La geopolítica es claramente un indicio a favor de la manera como las espacialidades

afectan el pensamiento; puede ser entendida como un orden hegemónico que articula prácticas materiales y discursivas en torno a la producción y reproducción de espacialidades en el ámbito de la economía política mundial (Tuathail 1998). La producción de conocimiento se relaciona estrechamente con este orden porque el lugar de enunciación de los discursos siempre se encuentra localizado respecto de una geografía política; además, las prácticas discursivas contribuyen de forma activa a reproducir o transformar dicha geografía y, en últimas, a fortalecer la espacialización de los poderes.

En consonancia con la concepción cartesiana del espacio y el primado del tiempo la «imaginación geopolítica de la modernidad» (Agnew 1998, citado por Tuathail 1998) ha definido una división espacial de lugares fijos y esenciales (Estados-naciones) que, en virtud de una jerarquización temporal (barbarie-civilización, premoderno-moderno, subdesarrollado-desarrollado, primer-tercer mundo), otorga a la producción de conocimiento efectuada en los centros metropolitanos (Norte América y Europa occidental) una investidura de autoridad y universalidad que no aplica para la producción proveniente del resto del planeta. Esto es paradójico porque en la modernidad la validez de las formas de conocimiento ha residido, en buena medida, en su a-espacialidad, esto es, en su capacidad de hallar tesis que superan la especificidad de las realidades locales a través de generalizaciones y leyes. No obstante, esta paradoja se disuelve al tener en cuenta que la geopolítica de la modernidad concede a Occidente un lugar epistémico privilegiado desde el cual ordenar el conocimiento sobre el mundo (Maldonado 2004), siendo los enunciados a-espaciales una suerte de trampa que encubre el poder colonial.

La arqueología no escapa a esta geopolítica del conocimiento. Al igual que la antropología la arqueología es una conse-

cuencia del colonialismo (Gnecco 1999; Gosden 2001) y ha jugado un rol central en la fundamentación de narrativas colonialistas de la alteridad y de los proyectos nacionales (Trigger 1996; Kohl 1998). La relevancia de la arqueología viene dada por el interés expreso en abordar los testimonios materiales del pasado ligándolos a territorialidades específicas y re-presentando esta articulación entre espacio y tiempo en la puesta en escena de las materialidades; ello la hace un dispositivo sumamente eficaz para sustentar la espacialización del poder a diferentes escalas territoriales.

En relación con las narrativas globales la arqueología ha recreado, tal vez como ninguna otra disciplina social, las teleologías del progreso y la evolución porque aborda las diferentes etapas de desarrollo que conforman la imagen moderna del tiempo lineal o porque dibuja con su interés en el pasado remoto y la pre-historia el negativo de la imaginación moderna de civilización y desarrollo. En relación con las narrativas del Estado-nación ha suministrado (de manera conciente o inconsciente) claves para fundamentar histórica y territorialmente la idea de soberanía, elemento central a la geografía política de consolidación y expansión de los Estados modernos.

Esta espacialización del poder que territorializa las ruinas y los artefactos antiguos se hace particularmente visible en los museos que, conjuntamente con las bibliotecas, «se proponen registrar el pasado y describir la geografía a la vez que romper con ella» (Harvey 1998:300). La eficacia estética y discursiva de las exposiciones museográficas, las representaciones pictóricas y los textos de los arqueólogos fue capitalizada por la geopolítica de la modernidad para re-presentar el ordenamiento de la geografía del mundo mediante las llamadas exposiciones internacionales y para naturalizar la jerarquía escalar de los Estados, las

regiones y los lugares en las exposiciones locales.

Existen suficientes indicios acerca de la ocurrencia de una reconfiguración en marcha de estas cartografías y geopolíticas del conocimiento en las últimas tres décadas. De una parte puede observarse un reconocimiento explícito o implícito de que las espacialidades afectan la producción de pensamiento en un conjunto importante de pensamientos posmodernos, periféricos, epistemologías regionales, estudios poscoloniales y, para el caso latinoamericano, teorías críticas de la geopolítica cultural de Occidente que no acaban de definir su nombre: estudios culturales, latinoamericanistas, subalternos o posoccidentales (cf. Castro y Mendieta, eds., 1998). Ello se encuentra en consonancia con una transformación de los procesos y prácticas espaciales ligados a la globalización cuyo grado de discontinuidad con la geopolítica de la modernidad se encuentra en debate a propósito de formulaciones sobre el debilitamiento de los Estados-nación, la desterritorialización de las prácticas políticas, económicas y sociales, la desaparición de las fronteras, el re-escalamiento de las jerarquías territoriales y la compresión del espacio-tiempo, por mencionar sólo algunos de los temas clave de la geopolítica contemporánea (Tuathail 2000).

Desde una mirada enfocada hacia el campo disciplinario esta activa y compleja dinámica espacial ha complicado la manera como se representa la diversidad de formas de hacer arqueología. Las historias de la arqueología, por lo menos hasta el trabajo monumental de Trigger (1992), eran ordenadas en una progresión temporal de enfoques no sólo porque primaba una estructura cronológica de la narrativa sino porque se consideraba que la historia de la disciplina era una sola y acumulativa; aunque se reconocían enfoques «paralelos» o «tradiciones regionales» ello no llegaba a comprometer la organización lineal de las historias. La dificultad de dar

cuenta del pasado de la disciplina sin perder de vista desarrollos teórico-metodológicos y contextos sociales geográficamente diversos se pone de manifiesto en la ambigüedad con la cual Trigger tuvo que definir el orden narrativo de su Historia del pensamiento arqueológico:

«...el presente estudio no tratará las diversas tendencias de interpretación arqueológica desde una perspectiva específicamente *cronológica*, geográfica o subdisciplinaria... *al contrario*, intentará investigar una serie de orientaciones interpretativas en el orden más o menos cronológico en el que se originaron» (Trigger 1992:23; cursivas agregadas).

Este «más o menos cronológico» responde a la imposibilidad de mantener una perspectiva exclusivamente temporal en medio de cartografías disciplinarias y geopolíticas del conocimiento que cada día son más complejas. Es quizá por ello que la expresión «paisaje teórico de la arqueología» (i.e. Preucel y Hodder 1996a; Hegmon 2003; Politis 2003) puede resultar más cómoda y afortunada, aun cuando no descansa siempre sobre una consideración explícita de las relaciones entre el conocimiento arqueológico y las espacialidades. Precisamente en la perspectiva de avanzar hacia un manejo más integral, crítico y explícito de las consecuencias que tiene para el pensamiento arqueológico contemporáneo la cuestión espacial desarrollo a continuación los elementos básicos de lo que sería una ontología del espacio y algunas de sus implicaciones.

Ontología del espacio (y las materialidades)

Buena parte de los argumentos que he empleado para tratar de hacer visible el lugar de las espacialidades en el pensamiento moderno proviene de elaboraciones críticas que han tratado de re-configurar la cuestión espacial en relación con el tiempo y el ser en

las últimas décadas (i.e. Soja 1989; Pardo 1992; Castro 1997; Harvey 1998; Santos 2000). Aun cuando dispares en sus alcances y diferentes en sus contextos de proveniencia estas elaboraciones podrían ser acogidas en lo que Foucault (1967) visualizó como la época del espacio, sucedánea de la época de la historia o en lo que Jameson (1991:154) denominó giro espacial para referirse a una crisis de las experiencias previas de espacio y tiempo que habría desembocando en una mayor relevancia de las categorías espaciales en el pensamiento de la posmodernidad.

En la perspectiva de avanzar desde la crítica del pensamiento moderno hacia la prefiguración de las bondades que obtendría el pensamiento social luego del giro espacial la constitución de una ontología del espacio aparece como una tarea central: ¿qué es el espacio y cómo es posible conocerlo?; ¿cómo replantear sus articulaciones con el tiempo, las materialidades y lo social? En primer lugar sería necesario partir de una consideración del espacio como sujeto y del sujeto como algo espacializado (Castro 1997:396) tratando de constituir un «pensamiento del afuera», de las «formas de la exterioridad», que parta de considerar que nuestra existencia es forzosamente espacial, que somos cuerpos que ocupamos un espacio, que pensamos en el espacio y a los cuales el espacio pre-ocupa. Entre la creciente «muchedumbre de cosas» (objetos, útiles, máquinas y constructos estéticos) las prácticas sociales y las técnicas de espacialización producen nuevas espacialidades, es decir, determinadas formas de disposición, distribución, distanciamiento y relación entre los entes en el espacio (paisajes, territorios, lugares, cuerpos y artefactos) (Pardo 1992). En esta medida se prefigura una transformación de la comprensión de las relaciones entre espacio y sociedad que supera la forma tradicional de considerar el primero como un contenedor físico sobre el que se derraman las actuaciones sociales y de ver las espacialidades como simples expresiones, epifenómenos o revestimientos de algo más

esencial como lo histórico, lo económico, lo político o lo cultural. En segundo lugar se trataría de problematizar la oposición entre espacios objetivos y subjetivos. Empleando una metáfora visual Soja (1989:121) consideró que se trata de corregir la «miopía» de las miradas empiristas y cartesianas que se han detenido en la superficie formal de las espacialidades, tratándolas como colecciones de cosas, como apariencias sustantivas que pueden estar vinculadas con aspectos sociales pero que sólo son cognoscibles en la medida en que se las naturaliza como cosas en sí mismas. Tampoco se trata de alimentar la «hipermetropía» de las miradas que pretenden trascender la superficie formal de las espacialidades para hacerlas transparentes, explicando su existencia como representaciones, mapas cognitivos en los cuales la imagen mental posee una precedencia epistemológica sobre lo tangible y lo material. La apuesta de Soja, retomando los planteamientos pioneros de Lefebvre (1991), es por una interpretación materialista del espacio como producto y productor de lo social en la cual ambos, «el espacio material de naturaleza física y el espacio ideacional de naturaleza humana, deben ser vistos como socialmente producidos y reproducidos. Cada uno debe ser teorizado y comprendido entonces, ontológica y epistemológicamente, como parte de la espacialidad de la vida social» (Soja 1989:120). En tercer lugar el «giro espacial» no debe ser tomado por una inversión en el orden de precedencia epistemológica entre espacio y tiempo. Seguir el camino sugerido por el giro espacial no implica la aniquilación del tiempo sino el ejercicio de repensar las relaciones entre espacio y tiempo de tal forma que, no obstante las bondades heurísticas que en determinado momento concede el tratamiento separado de las trayectorias de cambio histórico, bien del espacio o del tiempo social, no se debe perder de vista que, en última instancia, se trata del espacio-tiempo social (Wallerstein 1998; May y Thrift, eds., 2001). Como señaló Koselleck (2001:105) «la bella expresión espacio de tiem-

po no sería sólo una metáfora de la cronología o de la clasificación por épocas sino que ofrecería la posibilidad de estudiar la remisión recíproca del espacio y el tiempo en sus concretas articulaciones históricas»

En la misma medida como las geografías históricas han pensado el espacio como una entidad sujeta a transformaciones diacrónicas es necesario plantear una «geografía del tiempo» que parta de considerar la «multiplicidad de historias que son el espacio» (Massey 2000, citado por Amin 2002:391). En otras palabras, y sin desconocer los valiosos aportes que hayan podido realizar las geografías históricas a partir de una diferenciación de los espacios en virtud del tiempo, sería necesario avanzar en un ejercicio más complicado como el acercamiento a la forma como los procesos espaciales se relacionan con los procesos temporales para producir cronopolíticas y geopolíticas que definen las memorias, los olvidos, los imaginarios de futuro o la cancelación de los sentidos del devenir por parte de los actores sociales.

Pero «¿cómo ir más allá del discurso que predica la necesidad de tratar paralelamente el tiempo y el espacio?; ¿cómo traducir en categorías analíticas esa mezcla que hace que el espacio sea también el tiempo y viceversa?» (Santos 2000:44). Buscando una salida práctica Santos propone emplear las categorías de espacio y tiempo según parámetros comparables; esto puede lograrse mediante una «empirización» del tiempo cuyo arraigo en el principio de sucesión, y no de simultaneidad (como ocurre con el espacio), lo hace más abstracto. Tal empirización del tiempo sería posible al aproximarse a la materialidad de las técnicas como «dato constitutivo del espacio y el tiempo operacional y del espacio y el tiempo percibidos» (Santos 2000:48). En este argumento se hace evidente la íntima conexión de las materialidades con el problema general del espacio-tiempo en una perspectiva que involucra directamente a la arqueología. Soja (1989:129) consi-

deró como uno de los elementos centrales de su ontología del espacio, que «la estructuración espacio-temporal de la vida social define cómo las acciones y relaciones son materialmente constituidas, concretadas». En este sentido se puede esperar que, en principio, el estudio arqueológico de las materialidades pueda conducir, a través de la interpretación de las relaciones y prácticas sociales en las cuales intervienen los artefactos, a la comprensión de experiencias específicas de espacio-tiempo.

La arqueología tiene una larga carrera en la tarea de materializar y espacializar temporalidades. Desde la temprana incorporación de la estratigrafía, pasando por las técnicas de seriación hasta el desarrollo de dataciones físico-químicas, los arqueólogos han considerado que los indicadores temporales son fundamentales para elaborar sus interpretaciones y explicaciones. El suministro de temporalidad a las expresiones espaciales de los datos arqueológicos es condición de posibilidad para dinamizar las preguntas por el cambio social y las relaciones entre las sociedades y el medio ambiente (González y Picazo 1998). Pero estas fortalezas no suelen ser lo suficientemente exploradas en su potencialidad para abordar dimensiones del espacio-tiempo que no se agotan en las secuencias cronológicas y la localización y distribución cartesiana de las evidencias.

Es posible que el desarrollo de una ontología de las materialidades logre sobrepasar estas limitaciones en la medida en que promueva el acercamiento a las evidencias arqueológicas al mismo nivel de complejidad que las temporalidades y las espacialidades sociales, es decir, que conceda a los artefactos la capacidad de intervenir activamente en la construcción de las experiencias espacio-temporales de una sociedad. En esta dirección pueden identificarse algunas propuestas generales. Appadurai (1991) trató de superar el enfoque de las mercancías como

meros portadores de valor al proponer que existe una «vida social de las cosas», mientras que Latour (2000) consideró que el espacio se constituye por redes entre «actantes», categoría que incluye tanto a entes humanos como no-humanos y desdibuja la línea de ruptura entre lo orgánico y lo inorgánico, el espíritu y la materia. Finalmente, y como síntoma de lo que podría ser una nueva mirada de la oposición entre materialidad y escritura, en sus estudios históricos sobre la lectura Chartier (2000) redefinió los textos como parte de la cultura material y planteó que las características del soporte físico del lenguaje escrito no son un aspecto secundario en la conformación histórica de los hábitos de lectura y escritura.

En arqueología se reconoce un desarrollo activo hacia el abordaje expreso, crítico y reflexivo de la cultura material y las materialidades desde enfoques posprocesuales o interpretativos. La tesis pionera de Hodder (1982) sobre el desempeño activo de la cultura material en las prácticas y estrategias sociales llamó la atención sobre el hecho de que las evidencias arqueológicas venían siendo tratadas como reflejos directos y pasivos de algo acontecido en el pasado. La idea de Shanks y Tilley (1994:132) sobre la cultura material como objetivación del ser social señaló una relación dialéctica entre lo social y la cultura material en cuanto esta última es

«...un recurso estructurado y estructurante... un elemento integral activa y recursivamente involucrado en la vida social [que] juega un importante rol en la constitución y transformación de los marcos de significado. Cada totalidad social es caracterizada por diferentes prácticas, estrategias y estructuras que son espacial y temporalmente articuladas. La cultura material hace parte de esa articulación».

Thomas (1999) trató de trascender la ambigüedad que entraña la idea de cultura material (como esencia localizada en el mundo de las ideas o en el mundo de las presencias físi-

cas) y de su tratamiento como simple producto o reflejo de la sociedad y planteó que las materialidades hacen parte inherente de las relaciones sociales y que los artefactos están implicados en la forma como creamos, damos sentido y transcurrimos en la vida cotidiana.

Sobre la base de estos y otros planteamientos afines se han puesto en marcha, especialmente en el ámbito británico, programas de investigación y proyectos académicos explícitamente centrados en el estudio interdisciplinario de la cultura material⁵. La relación entre estas perspectivas interpretativas de la cultura material y el abordaje de la cuestión espacial puede verse en las recientes arqueologías del paisaje. Por contraste con enfoques que habían adoptado la perspectiva del paisaje como medio ambiente o como sistema los enfoques críticos han desarrollado la idea de paisaje como poder y como experiencia (Preucel y Hodder 1996b:32). En el primer sentido los paisajes son vistos como parte de relaciones de dominación o resistencia porque pueden naturalizar la espacialidad de las inequidades sociales y contribuir con su perpetuación o transformación (i.e. Bender 1992). En el segundo sentido los paisajes tienen que ver con la manera como los sujetos, en tanto cuerpos, experimentan el mundo que los rodea y a través del cual discurren, simbolizándolo o percibiéndolo (i.e. Thomas 2001). En ambos casos la noción tradicional de paisaje, fuertemente anclada en las narrativas espaciales de la modernidad, es objeto de un ejercicio de desconstrucción como condición de posi-

⁵ Me refiero, por ejemplo, al *Material and visual research group* de University College de Londres, a la serie editorial *Material cultures. Interdisciplinary studies in material construction of social worlds* y al *Journal of Material Culture*; en estos proyectos participan arqueólogos como Daniel Miller, Christopher Tilley, Victor Buchli y Barbara Bender.

bilidad para aproximarse a diferentes percepciones del espacio. En este sentido podría decirse que la idea de paisaje, una vez sometida a la crítica cultural de su génesis como parte de un discurso espacial de dominación, ha sido re-significada por los arqueólogos para acceder a los paisajes «invisibles» o «subalternos» y, con ello, a experiencias alternativas de espacio y tiempo.

Aproximaciones similares al paisaje permiten establecer la importancia de estudiar la producción social del espacio para comprender el cambio social en el ámbito más amplio de la transformación de las experiencias de espacio y tiempo. Como señaló Criado (1995:194):

«... las transformaciones sociales implican un cambio en la administración de la racionalidad espacial al interior de las sociedades involucradas. El cambio puede, en el mismo sentido, implicar nuevas formas de conceptualizar tiempo y espacio como correlatos básicos de nuevas estrategias sociales que implican la construcción del paisaje».

Muchos de los planteamientos efectuados por las nuevas arqueologías del paisaje son subsidiarias de los enfoques interpretativos de la cultura material ya mencionados pero debe reconocerse que desbordan el escenario geopolítico de tensión entre arqueologías procesuales (de origen norteamericano) y posprocesuales (de origen británico), ofrecen una mayor apertura teórica y son desarrolladas en un ámbito académico más amplio que incorpora planteamientos efectuados desde otros países de Europa, América y Oceanía (Ashmore 2004). De estas arqueologías del paisaje me interesa resaltar el desarrollo de una idea de monumento como materialidad vinculante de las espacialidades y las temporalidades sociales. En lo que podría ser identificado como un argumento similar al efectuado en su momento por Foucault acerca de que «todo documento es monumento», es decir, que todo testimonio

histórico es, en cierta medida, producto de las relaciones de poder de las sociedades que lo produjeron y de aquellas que permitieron su conservación o provocaron su deterioro (Le Goff 1991:227; Foucault 1997:10), este acercamiento a los monumentos arqueológicos se interesa por comprender la manera como hacían parte activa de formas de espacialización de poder y de las relaciones sociales en el pasado, procurando mediante su visibilidad, su tangibilidad y su correlación espacial con otros ítems un despliegue de sentidos de igualdad, pertenencia y continuidad o de desigualdad, exclusión y cambio (cf. Criado 1999; Thomas 2001).

Buena parte de los planteamientos mencionados sobre materialidad y paisaje en la arqueología contemporánea descansan sobre la idea de cultura material como un cuasi texto que hay que decodificar y del arqueólogo como un lector que construye sentido yendo y viniendo del texto al contexto. Los alcances de esta analogía no son claros. Hodder (1988:150) consideró que «en muchos aspectos la cultura material no es, en absoluto un lenguaje; es, sobre todo, acción y práctica en el mundo»; en su opinión los símbolos lingüísticos son más precisos, abstractos, unificables, lineales y no arbitrarios porque son realizados mediante prácticas discursivas y conscientes; en cambio los símbolos materiales son más flexibles y ambiguos, multificables y multidimensionales porque son realizados mediante prácticas que, a menudo, son subconscientes o no-discursivas (Hodder 1988:149ss; Preucel y Hodder 1996c:299ss). El problema de fondo puede estar relacionado con la falta de claridad conceptual: «... aún no estamos completamente seguros de qué es lo que entendemos exactamente por texto y a qué datos podemos aplicar apropiadamente la comparación» (Buchli 1995:183). De hecho, la analogía es establecida unas veces con el lenguaje oral y otras con el lenguaje escrito, sin que medie ninguna aclaración. El empleo de metáforas o ana-

logías entre cultura material y texto ha servido, más allá de su aplicación cabal, para reconocer que las materialidades están simbólicamente constituidas y, sobre todo, que están activamente involucradas en la dinámica social:

«El propósito principal de plantear que en algunos aspectos la metáfora del texto es apropiada para la cultura material es llevar a los arqueólogos lejos de la idea que los datos son un registro pasivo con sólo un significado» (Hodder 1992:84).

Mirado en perspectiva este recurso a la analogía del texto se encuentra en estrecha relación con el acercamiento de los arqueólogos posprocesuales a otros pensamientos sociales luego de la relación casi exclusiva que las arqueologías procesuales y funcionalistas habían establecido con las ciencias naturales. El «retorno» a la historia y la hermenéutica, paralelo al influjo de planteamientos estructuralistas y posestructuralistas que caracterizan a las arqueologías posprocesuales (Patterson 1989), hizo valiosas las analogías textuales pero no deja de ser paradójico que la arqueología, usualmente referida al estudio de las sociedades sin escritura, haya acogido la metáfora de la escritura para definir un asunto de la mayor importancia para la disciplina: la ontología de la cultura material. Para buena parte de los arqueólogos posprocesuales la arqueología es una disciplina histórica en contraposición a los planteamientos abiertamente anti-historicistas que dominaron el escenario anglosajón durante las décadas de 1960 y 1970. Por contraste con la relevancia dada al tema del tiempo y la historia un examen de los temas o problemas considerados por los autores pertenecientes al «núcleo duro» de la arqueología posprocesual o interpretativa como constituyentes de su pensamiento o centrales para el desarrollo de las agendas de investigación indica que, por lo menos en los años iniciales y hasta bien entrada la década de 1990, el

asunto de las espacialidades no constituyó un tópico especial (cf. Hodder 1992:86; Shanks y Tilley 1994:259; Shanks y Hodder 1995:5). El tema espacial no puede ser considerado como una tensión relevante entre procesualismo y posprocesualismo, como tampoco uno de los rasgos que caracterizan las diferencias entre tendencias al interior de este último (Patterson 1990). El esfuerzo por constituir una ontología de las materialidades en las arqueologías posprocesuales se hizo sin avanzar en una desconstrucción paralela de las relaciones entre espacio y tiempo; por eso la reflexión siguió efectuándose en el marco moderno del primado del tiempo sobre el espacio. Si esto fue así habría que preguntarse si las arqueologías posprocesuales no han transitado, siguiendo la metáfora de Soja, desde la miopía hacia la hipermetropía del espacio al otorgar a las materialidades un estatuto que está fundamentado en la interioridad del lenguaje: la ontología de las materialidades habría estado mediada más por un «giro lingüístico» (sensu Rorty) que por un giro espacial. Apropiando elementos vinculados a las tesis estructuralistas sobre el lenguaje y posestructuralistas sobre el texto los arqueólogos posprocesuales habrían resuelto mediante un «exceso de subjetividad» el problema básico del registro arqueológico como un sistema de signos incompleto (Criado 1995:202). No obstante, la relevancia otorgada al paisaje como tema que desborda la dinámica de las arqueologías posprocesuales puede ser vista como el preludeo hacia un abordaje integral de la trilogía espacio-tiempo-materialidades. Ello debería conducir hacia una apertura conceptual dentro de la cual el paisaje es sólo una categoría espacial al lado de otras como el cuerpo, el lugar, el territorio y la frontera; también sería necesario abrir el panorama de las problemáticas con las cuales se vinculan esas categorías en el pensamiento socioespacial contemporáneo como, por ejemplo, la geopolítica del cono-

cimiento y los procesos de (des) (re)-territorialización y re-escalamiento.

Espacio-tiempo de la arqueología latinoamericana

Dentro de las historias y paisajes teóricos de la arqueología latinoamericana el abordaje reflexivo y crítico de la cuestión espacial no es particularmente visible. En las diferentes tendencias teórico-metodológicas reconocidas por Politis (2003) sólo en el enfoque histórico-cultural se aprecia el afán de producir sistematizaciones espacio-temporales que corresponden a una concepción cartesiana de tiempo y espacio en la cual este último es, fundamentalmente, una extensión sobre la cual se ubican los hallazgos y se mapean áreas culturales. Dentro de las metodologías asociadas al influjo local que tuvo la nueva arqueología solamente puede identificarse la introducción de modelos de análisis espacial, siempre sobre la base de una concepción cartesiana del espacio.

La idea del espacio y, por extensión, de los paisajes y monumentos arqueológicos como productos sociales no es nueva en las arqueologías latinoamericanas; muchos de los estudios preocupados por las relaciones seres humanos-ambiente, la arquitectura ceremonial, el cambio y la complejización social se refieren, frecuentemente, al medio ambiente culturalmente transformado, a la socialización de la naturaleza y al control político del espacio. No obstante, el enunciado del espacio como producción social no constituye por sí sólo la base de una ontología del espacio. Es la idea de las espacialidades y, por extensión, de las materialidades como elementos que afectan las dinámicas sociales, incluidos el pensamiento y las temporalidades, lo que puede ser considerado como indicativo fundamental de un giro en el pensamiento del espacio y la cultura material. Ello es lo que diferencia el abordaje del espacio y las materialidades como simples recursos, manifestaciones, expresiones o medios

para el despliegue de lo social y lo cultural de su consideración como agentes activos en la construcción social de la realidad.

Los tratamientos del primer tipo pueden conducir, aun cuando no de manera expedita, hacia un abordaje más consciente del espacio como producción y elemento estructurante de lo social, como puede verse en algunos análisis espaciales asociados a estudios sobre la economía política de las sociedades precolombinas. Más allá del establecimiento de patrones de asentamiento en los cuales las jerarquías en el tamaño, densidad y complejidad arquitectónica de los sitios son tomadas como reflejo de determinadas formas de organización social el reconocimiento de relaciones espaciales establecidas de forma intencional por parte de las elites (por ejemplo, entre sitios ceremoniales y centros de poder) puede desembocar en un abordaje explícito de que la producción social del espacio juega un rol definitivo en la configuración de sistemas políticos y económicos y, aún, en el tipo de trayectorias de cambio social (i.e. Curet y Oliver 1998; Siegel 1999). Los análisis espaciales de tipo instrumental pueden conducir hacia la valoración de los monumentos y perspectivas visuales del paisaje en términos de la constitución de territorialidades (i.e. Dever 1999; López 2001). Los estudios efectuados desde perspectivas más simbólicas, en los cuales el abordaje del espacio no constituye el eje interpretativo, pueden conducir a planteamientos sobre las espacialidades como construcciones culturales. Existe una amplia serie de estudios sobre arquitectura, estatuaria, arte rupestre y prácticas funerarias en la cual, a partir de presupuestos semióticos o estructuralistas, se proponen claves acerca de la manera como las representaciones míticas y cosmológicas inscritas en la materialidad ordenan y dan sentido a los espacios físicos e, incluso, a las temporalidades (i.e. Velandia 1994; Llanos 1995)

Es necesario destacar estudios recientes en los que puede identificarse un interés expreso por situar la cuestión de las espacialidades y las materialidades como eje interpretativo del trabajo arqueológico. En algunos casos la reflexión teórica es provocada desde planteamientos de la geografía crítica y las teorías sociales de la praxis y la estructuración de tal forma que los aportes posprocesuales son abordados en un horizonte teórico más amplio, permitiendo cierta autonomía crítica y capacidad de innovación (cf. Acuto 1999a, 1999b; Lazzari 1999a, 1999b, 2005). Los planteamientos sobre la cultura material como agente activo en las relaciones sociales y el paisaje como parte de narrativas ideológicas han sido aplicados al análisis de la relación entre prácticas de la representación y representación de las prácticas en la construcción de narrativas sobre el paisaje (Haber 2000).

Aun cuando estos trabajos están, generalmente, relacionados con los planteamientos posprocesuales sobre la condición simbólica de la cultura material reconocen la necesidad de avanzar en un tratamiento crítico de la metáfora textual. Así, por ejemplo, Haber (2000:29) señaló que:

«El paisaje no está enteramente allí para ser conocido sin más, [si no que] el supuesto de la naturaleza natural naturalmente naturaliza las prácticas de apropiación. Pero el paisaje tampoco está enteramente aquí surgiendo de la pura imaginación pues, como se ha visto, la imaginación también es una práctica social y, como tal, se vincula a realidades concretas de apropiación».

Lazzari (2005) considera que «admitir la capacidad de los objetos para crear, modificar y aún distorsionar prácticas y significados implica enfocarse hacia los objetos rechazando tanto el determinismo causal del construccionismo como del materialismo». En este sentido propone que «más que un texto para leer o decodificar el mundo es una 'textura' para sentir y utilizar; una fábrica de ritmos y relaciones comprendidas a través de la praxis» (Lazzari 2005).

En otros trabajos realizados recientemente se emplean, recurrentemente, los conceptos

de paisaje y monumento desarrollados por Felipe Criado en España que tienen la ventaja de encadenar las nociones de espacio, tiempo y materialidades. Troncoso (2001, 2004) ha abordado el estudio de arte rupestre chileno como elemento articulador de las relaciones entre espacio, cultura material y poder para proponer interpretaciones sobre territorios y fronteras. Pintos (2000) y Gianotti (2000) abordan los montículos o cerritos de Uruguay como monumentos que transforman la naturaleza y, en consecuencia, las relaciones sociales y las concepciones de espacio y tiempo. Curtoni (2000) se interesa por diferentes formas de espacialización de las identidades culturales en la Pampa argentina.

En la perspectiva de la arqueología histórica se puede observar el interés creciente por la cuestión de la cultura material y su relación con la documentación escrita. La necesidad de concebir la cultura material como elemento socialmente activo se convierte en un imperativo porque es preciso agotar su potencial para abordar aspectos sociales que, de otro modo, ya estarían dichos en la historiografía. En Brasil Funari y Orser han efectuado excavaciones en asentamientos de negros cimarrones (kilombos), resaltando el hecho de que «la arqueología histórica puede desafiar narrativas oficiales de poder que son frecuentemente representadas en los documentos» (Orser y Funari 2001:69). En Argentina una arqueología de las arquitecturas (Zarankin 1999a, 1999b; Senatore 2004) permite vincular las premisas sobre cultura material de la arqueología histórica a la mirada de los espacios como dispositivos de control político y social. En Colombia Therrien (2004) ha enfatizado la construcción de paisajes industriales como táctica de las elites para domesticar los espacios urbanos.

Una mirada parcial (seguramente hay más ejemplos de los citados) permite identificar que el pensamiento crítico y reflexivo sobre las espacialidades y las materialidades está presente, aun cuando de manera dispersa, en las arqueologías latinoamericanas. Dar un paso más allá, en la perspectiva de considerar el ejercicio arqueoló-

gico como una práctica discursiva espacialmente mediada, podría conducir a hacer más claro el paisaje teórico de las arqueologías latinoamericanas en la perspectiva de comprender mejor nuestra situación y posibilidades en el mapa geopolítico del conocimiento.

Conclusiones

Una inversión o, por lo menos, un «aplanamiento» del esquema de precedencia entre tiempo, espacio y materialidades debe conducir, necesariamente, a una reconfiguración ontológica y epistemológica de los objetivos de la disciplina y de sus relaciones con otros campos de conocimiento dentro de lo que sería una nueva cartografía del pensamiento social. La arqueología, lejos de definir su campo de acción en términos temporales (prehistoria-historia), debería desplegar el potencial que le permiten sus vínculos con la cuestión espacial, abordando las espacialidades más allá del plano puramente instrumental; también debería ser capaz de contribuir a la construcción de una ontología de las materialidades porque son su fortaleza y campo de acción como disciplina. Estas perspectivas abren la posibilidad de ampliar el trabajo tradicional de registro de las evidencias arqueológicas en el espacio-tiempo de las coordenadas y las dataciones hacia la reconstrucción de las experiencias y concepciones de espacio y tiempo y sus interrelaciones con la cultura material en los procesos sociales que estudia la arqueología. Como señaló Harvey (1998:243) «la historia del cambio social está capturada en parte por la historia de las concepciones del espacio y el tiempo y los usos ideológicos para los cuales se esgrimen aquellas concepciones».

Recurriendo a la terminología lingüística se trataría de abordar, de manera complementaria pero crítica, la producción etic y emic del espacio-tiempo. Así, por ejemplo, la pregunta por el cambio social no sólo debería incorporar el análisis de los factores estrictamente ecológicos, económicos, demográficos o políticos que inciden en la transformación social sino, además, análi-

sis encaminados a comprender la manera como el cambio social fue producido, concebido y/o manipulado por parte de los actores sociales a partir del manejo político de las memorias, las territorialidades y la cultura material. Como sucede con los historiadores que «tratan de reconstruir las llamadas realidades del pasado sin tratar de reconstruir las antiguas concepciones del espacio [y del tiempo- agregado mío]» (Koselleck 2001:98) los arqueólogos hemos desplegado tecnologías refinadas para elaborar espacio-temporalmente nuestros datos pero poco hemos hecho para tratar de comprender las experiencias y concepciones del espacio y el tiempo propias de las sociedades que estudiamos.

Dado el modo reflexivo de las tendencias más recientes en arqueología la incorporación de formulaciones teóricas de alto nivel ha tenido el doble efecto de definir sustantivamente lo que debe ser materia primordial de estudio y enmarcar la comprensión del ejercicio de la disciplina. El retorno a la historia y el acercamiento a las teorías del lenguaje han definido una preocupación creciente por abordar el registro arqueológico en cuanto histórica y simbólicamente mediado; además, una arqueología que se comprende históricamente contingente y cambiante está abocada a un ejercicio de interpretación lingüísticamente pre-definido. En ese sentido sería posible y deseable que el creciente interés por las espacialidades y la cultura material no sólo condujera a una tentativa de acercamiento a las experiencias espaciales y materiales de las sociedades que estudia el arqueólogo sino, además, a una comprensión de la práctica arqueológica como espacial y materialmente mediada.

Indicios a favor de ello se observan en una serie de posturas que van de lo implícito a lo explícito, desde el empleo de metáforas espaciales para referirse a la práctica disciplinaria (como paisajes teóricos), pasando por el reconocimiento de las implicaciones que han tenido la tangibilidad y visibilidad de las representaciones museográficas en la constitución de percepciones sobre el pasado y la espacialidad de lo político, hasta lo que parece ser un reconocimiento

de que la producción de conocimiento arqueológico se encuentra fuertemente vinculada a la geopolítica. En cierto sentido el desarrollo de las tendencias regionales de la arqueología latinoamericana parece corresponder más a una geopolítica del conocimiento que a un proceso de evolución histórica. Transitar por ese camino de manera explícita y crítica podría conducir a una situación menos dependiente, en términos intelectuales, de los arqueólogos latinoamericanos respecto de la producción teórica y metodológica que se realiza en Europa y Norte América. Develar la «trampa» a-espacial del pensamiento moderno implica tomar consciencia de las relaciones entre lo que se dice, desde dónde se dice y la autoridad de lo que se dice. Los anhelos de lo que pudiera ser una arqueología latinoamericana que, además de producir datos y escuchar, logre dialogar con criterios propios en las redes interdiscursivas de la arqueología mundial debe pasar por una geopolítica crítica del pensamiento que ajuste los términos en que han operado los intercambios.

Pero hay aún otra implicación de lo que sería una arqueología espacialmente mediada. La forma como los objetos y discursos arqueológicos pueden ser abordados por el público depende, en buena medida, de la manera como éste experimenta su devenir en el tiempo, su habitar en el espacio y su interacción con los objetos. En este contexto las materialidades tendrían la particularidad de hacer visible el tiempo en relación con las espacialidades (Walsh 1997:133), lo que les otorga una condición única y activa en la producción del espacio y el tiempo social con consecuencias importantes en cuanto a la constitución de nuevas memorias y territorios.

En el contexto de una creciente proliferación de teorías que pretenden explicar la pos-modernidad, la tardo-modernidad o la sobre-modernidad en términos de compresiones y

distanciamientos espacio-temporales (Harvey 1998; Castells 1999) o de aceleraciones del tiempo y encogimientos del espacio (Augé 1996) como nuevas teleologías de la globalización es necesario avanzar hacia un mejor conocimiento de las experiencias previas o paralelas de espacio-tiempo y sus articulaciones (May y Thrift, eds., 2001), tarea en la que puede y debe participar una arqueología preocupada por las espacialidades y las materialidades.

Quiero cerrar este ensayo trayendo a colación una frase de Antanas Mockus (1992), por entonces vice-rector de la Universidad Nacional de Colombia, pronunciada en la apertura del seminario preparatorio para el Segundo Congreso Mundial de Arqueología, realizado en Paipa, Colombia, en 1990: «Ustedes los arqueólogos devuelven metódicamente al tiempo lo que encuentran en el espacio». Es cierto; los arqueólogos han sabido, quizá como ningún otro estudioso de lo social, cómo producir tiempo a partir del espacio y las materialidades. Esta invitación es a hacer posible un manejo más integral de estas tres categorías, devolviendo metódicamente al espacio lo que hemos ordenado fundamentalmente en el tiempo. La invitación es a perder un poco de tiempo reconsiderando el lugar del espacio y las materialidades en arqueología.

Agradecimientos

Al grupo de investigadores del INER que ha participado, activamente, en la formulación del proyecto de Maestría en Estudios Socioespaciales, así como a los editores y evaluadores anónimos de la revista, quienes consideraron pertinente la temática y contribuyeron con recomendaciones para mejorar su estructura y presentación.

Referencias

Acuto, Felix

1999a Paisaje y dominación: la constitución del espacio social en el imperio Inka. En *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por Andrés Zarankin y Felix Acuto, pp 33-75. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.

1999b Paisajes cambiantes: la dominación Inka en el Vall Calchaquí Norte (Argentina). En *Anais da Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*, editado por María I. D'Agostino, pp 143-157. Suplemento 3 de la Revista do Museu de Arqueología e Etnologia, Universidad de São Paulo.

Amin, Ash

2002 Spatialities of globalisation. *Environment and Planning* 34:385-399.

Appadurai, Arjun (Editor)

1991 *La vida social de las cosas*. Grijalbo, México.

Ashmore, Wendy

2004 Social archaeologies of landscape. En *A companion to social archaeology*, editado por Robert Preucel y Lynn Meskell. Blackwell, Oxford.

Augé, Marc

1996 *El sentido de los otros. Actualidad de la antropología*. Paidós, Barcelona.

Bender, Barbara

1992 Theorizing landscapes and prehistoric landscapes of Stonehenge. *Man* 27(4):735-755.

Berman, Marshall

1995 *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, México..

Buchli, Victor

1995 Interpreting material culture: the trouble with text. En *Interpreting archaeology. Finding meaning in the past*, editado por Ian Hodder, Michael Shanks, Alexandra Alexandri, Victor Buchli, Joe Carman, Jonathan Last y Gavin Lucas, pp 181-193. Routledge, Londres.

Castells, Manuel

1999 *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen 1: La sociedad red*. Alianza Editorial, Madrid.

Castro, Luis

1997 *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica*. Tecnos, Madrid.

Castro, Santiago y Eduardo Mendieta (Editores)

1998 *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Porrúa-San Francisco University, México.

Chartier, Roger

2000 *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Gedisa, Barcelona.

Criado, Felipe

1995 The visibility of the archaeological record and the interpretation of social reality. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 194-204. Polity Press, Cambridge.

1999 *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

Curet, Antonio y José Oliver

1998 Mortuary practices, social development and ideology in precolumbian Puerto Rico. *Latin American Antiquity* 9(3):217-239.

- Curtoni, Rafael
 2000 La percepción del paisaje y la reproducción de la identidad social en la región pampeana occidental (Argentina). En *Paisajes culturales sudamericanos. De las prácticas sociales a las representaciones*, editado por Camila Gianotti, pp 115-125. Trabajos en Arqueología da Paisaxe, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- Dagognet, Francois
 2000 Detritus, desechos, lo abyecto. Manuscrito sin publicar, Universidad Nacional, Medellín.
- Debray, Régis
 1997 *Transmitir*. Manantial, Buenos Aires.
- De Certeau, Michel
 2000 *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, México.
- Dever, Alejandro
 1999 El paisaje arqueológico en Tierradentro: una aproximación al análisis de visibilidad de poblaciones prehistóricas. *Arqueología del Área Intermedia* 1:9-48.
- Duncan, James
 1994 Sites of representation. Place, time and the discourse of the other. En *Place/culture/representation*, editado por James Duncan y David Ley, pp 39- 56. Routledge, Londres.
- Fabian, Johannes
 1983 *Time and the other. How anthropology makes his object*. Columbia University Press, Nueva York.
- Foucault, Michel
 1967 Of other spaces. Publicado originalmente en *Architecture, Mouvement, Continuité* 5, 1984. Traducción de Jay Miskowiec en <http://foucault.info/documents/heteroTopia/foucault.heteroTopia.en.html>.
- 1985 *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Planeta Agostini, Barcelona.
- 1997 *La arqueología del saber*. Siglo XXI, México.
- Gianotti, Camila
 2000 Monumentalidad, ceremonialismo y continuidad ritual. En *Paisajes culturales sudamericanos. De las prácticas sociales a las representaciones*, editado por Camila Gianotti, pp 87-102. Trabajos en Arqueología da Paisaxe, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- Giddens, Anthony
 1994 *Consecuencias de la modernidad*. Alianza Editorial, Madrid.
 2003 *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Gnecco, Cristóbal
 1999 *Multivocalidad histórica. Hacia una cartografía postcolonial de la arqueología*. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- González, Paloma y Marina Picazo
 1998 *El tiempo en arqueología*. Arco/Libros, Madrid.
- Gosden, Chris
 2001 Postcolonial archaeology: issues of culture, identity, and knowledge. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 241-261. Polity Press, Cambridge.
- Haber, Alejandro
 2000 La mula y la imaginación en la arqueología de la puna de Atacama: una mirada indiscreta al paisaje. En *Paisajes culturales sudamericanos. De las prácticas sociales a las representaciones*, editado por Camila Gianotti. Trabajos en Arqueología da Paisaxe, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

- Harvey, David
 1998 *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Hegel, Georg
 1985 *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Alianza Editorial, Madrid. [1837].
- Hegmon, Michelle
 2003 Setting the theoretical egos aside: issues and theory in North American Archaeology. *American Antiquity* 68(2):213-243.
- Hodder, Ian
 1982 *Symbols in action*. Cambridge University Press, Cambridge.
 1988 *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
 1992 *Theory and practice in archaeology*. Routledge, Londres.
- Jameson, Fredric
 1991 *Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism*. Verso, Londres.
- Kohl, Philip
 1998 Nationalism and archaeology. On the constructions of nations and the reconstructions of the remote past. *Annual Review of Anthropology* 27:223- 246.
- Koselleck, Reinhart
 2001 *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Paidós, Barcelona.
- Latour, Bruno
 1992 Where are the missing masses? Sociology of a Door. En *Shaping technology-building society. Studies in sociotechnical change*, editado por Wiebe Bijker y John Law, pp 225-259. MIT Press, Cambridge.
 2000 A well-articulated primatology. Reflexions of a fellow-traveller. En *Primate encounters*, editado por Shirley Strum y Linda Fedigan, pp 358-381. University of Chicago Press, Chicago.
- Lazzari, Marisa
 1999a Distancia, espacio y negociaciones tensas. En *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por Andrés Zarankin y Felix Acuto, pp 117-151. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.
 1999b Objetos viajeros e imágenes espaciales: las relaciones de intercambio y la producción del espacio social. En *Anais da Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*, editado por María I. D'Agostino, pp 371- 385. Suplemento 3 de la Revista do Museu de Arqueología e Etnologia, Universidad de Sao Paulo.
 2005 The texture of things: objects, people, and social spaces in Argentine prehistory. En *Archaeologies of materiality*, editado por Lynn Meskell. Blackwell, Londres.
- Lefebvre, Henri
 1991 *The production of space*. Blackwell, Oxford.
- Le Goff, Jacques
 1991 *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Paidós, Barcelona.
- López, José
 2001 Las estructuras tumulares (cerritos) del litoral atlántico uruguayo. *Latin American Antiquity* 12(3):231-255.
- Llanos, Héctor
 1995 *Los chamanes jaguares de San Agustín. Génesis de un pensamiento mitopoético*. Cuatro y Cia, Bogotá.
- Maldonado, Nelson
 2004 The topology of being and the geopolitics of knowledge: modernity, empire, coloniality. *City: analysis of urban trends, culture, theory, policy, action* 8(1):29-56.
- Massey, Doreen
 2000 Travelling thoughts. En *Without guarantees: in honour of Stuart Hall*, editado por Paul Gilroy, Lawrence Grossberg y Angela McRobbie, pp 225-232. Verso, Londres.

- May, John y Nigel Thrift (Editores)
 2001 *Timespace: geographies of temporality (critical geographies)*. Routledge, Londres.
- Mignolo, Walter
 2002 The geopolitics of knowledge and the colonial difference. *South Atlantic Quarterly* 101(1):56-96.
- Mockus, Antanas
 1992 Presentación. En *Arqueología en América Latina hoy*, editado por Gustavo Politis, pp 8-12. Banco Popular, Bogotá.
- Orser, Charles
 2000 *Introducción a la arqueología histórica*. Asociación de Amigos del Instituto Nacional de Antropología, Buenos Aires.
- Orser, Charles y Pedro Funari
 2001 Archaeology and slave resistance and rebellion. *World Archaeology* 33(1):61-72.
- Ortega, José
 2000 *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Ariel, Barcelona.
- Pardo, José Luis
 1992 *Las formas de la exterioridad*. Pre-textos, Valencia.
- Patterson, Thomas
 1989 History and the post-processual archaeologies. *Man* 24:556-566.
 1990 Some theoretical tensions within and between the processual and postprocessual archaeologies. *Journal of Anthropological Archaeology* 9:189-200.
- Piazzini, Emilio
 2004 Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria. *RegionEs* 2:151-172.
- Pintos, Sebastián
 2000 Cazadores recolectores complejos: monumentalidad en tierra en la cuenca de la laguna de Castillos (Uruguay). En *Paisajes culturales sudamericanos. De las prácticas sociales a las representaciones*, editado por Camila Gianotti, pp 75-86. Trabajos en Arqueología da Paisaxe, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- Politis, Gustavo
 2003 The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *American Antiquity* 68 (2): 245-272. Publicado también en 2003 en *Latin American Antiquity* 14 (2): 115-142.
- Preucel, Robert e Ian Hodder
 1996a Prologue. Communicating present past. En *Contemporary archaeology in theory. A reader*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp 3-20. Blackwell, Londres.
 1996b Nature and culture. En *Contemporary archaeology in theory. A reader*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp 23-38. Blackwell, Londres.
 1996c Material symbols. En *Contemporary archaeology in theory. A reader*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp 299-314. Blackwell, Londres.
- Ricoeur, Paul
 2000 *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo, razón y emoción*. Ariel, Barcelona.
 2003 *La memoria, la historia, el olvido*. Trotta, Madrid.
- Senatore, María Ximena
 2004 Discursos ilustrados y sociedad moderna en las colonias españolas de Patagonia. En *Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI*, editado por Pedro Funari y Andrés Zarankin, pp 31-56. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Shanks, Michael e Ian Hodder
 1995 Processual, postprocessual and interpretive archaeologies. En *Interpreting archaeology. Finding meaning in the past*, editado por Ian Hodder, Michael Shanks, Alexandra Alexandri, Victor Buchli, Joe Carman, Jonathan Last y Gavin Lucas, pp 3-29. Routledge, Londres.

- Shanks, Michael y Christopher Tilley
1994 *Re-constructing archaeology. Theory and practice*. Routledge, Londres.
- Siegel, Peter
1999 Contested places and places of contest: the evolution of social power and ceremonial space in Prehistoric Puerto Rico. *Latin American Antiquity* 10(3):209-238.
- Soja, Edward
1989 *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Verso, Londres.
- Therrien, Monika
2004 Dandies en Bogotá: industrias para la civilización y el cambio, siglos XIX y XX. En *Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI*, editado por Pedro Funari y Andrés Zarankin, pp 105-129. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Thomas, Julian
1999 A materialidade e o social. En *Anais da Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*, editado por María I. D'Agostino, pp 15-20. Suplemento 3 de la Revista do Museu de Arqueología e Etnologia, Universidad de Sao Paulo.
2001 Archaeologies of place and landscape. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 165-186. Polity Press, Cambridge.
- Trigger, Bruce
1992 *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.
1996 Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist. En *Contemporary archaeology in theory. A reader*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp 615-635. Blackwell, Londres.
- Troncoso, Andrés
2001 Espacio y poder. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32:10-23.
2004 El arte de la dominación: arte rupestre y paisaje durante el período incaico en la cuenca superior del río Aconcagua. *Chungara* 36(2):453-461.
- Tuathail, Gearoid
1998 *Re-thinking geopolitics*. Routledge, Londres.
2000 The postmodern geopolitical condition: States, statecraft, and security at the millennium. *Annals of the Association of American Geographers* 90 (1):166- 178.
- Velandia, Cesar
1994 *San Agustín. Arte, estructura y arqueología*. Banco Popular-Universidad del Tolima, Bogotá.
- Walsh, Kevin
1997 A sense of place. A role for cognitive mapping in the 'posmodern' world? En *Interpreting archaeology. Finding meaning in the past*, editado por Ian Hodder, Michael Shanks, Alexandra Alexandri, Victor Buchli, Joe Carman, Jonathan Last y Gavin Lucas, pp 131-138. Routledge, Londres.
- Wallerstein, Immanuel
1998 The time of space and the space of time: the future of social science. *Political Geography* 17(1):71-82.
- Zarankin, Andrés
1999a Casa tomada: sistema, poder y vivienda doméstica. En *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por Andrés Zarankin y Felix Acuto, pp 239-272. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.
1999b Arqueología de la arquitectura: another brick in the wall. En *Anais da Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*, editado por María I. D'Agostino, pp 119-128. Suplemento 3 de la Revista do Museu de Arqueología e Etnologia, Universidad de Sao Paulo.

CONTENIDO / CONTEÚDO

Editorial	1
Arqueología, espacio y tiempo: una mirada desde latinoamérica Carlo Emilio Piazzini Suárez	3
La fase Açutuba: um novo complexo cerâmico na Amazônia central Helena Pinto Lima, Eduardo Góes Neves e James B. Petersen	26
Prospectando caciques: teorías y métodos actuales para el estudio de las sociedades complejas en el norte de Suramérica Rodrigo Navarrete Sánchez	53
Entre lonkos y «ólogos». La participación de la comunidad indígena Rankülche de argentina en la investigación arqueológica María Luz Endere y Rafael Pedro Curtoni	72
Diálogos desde el sur/Diálogos desde o sul: Historias estratificadas e identidades en el desarrollo de la arqueología pública en el sur de África Alinah K. Segoby	93
Reseñas/Resenhas	119
Noticias/Notícias	161



Universidad
del Cauca

